

ADVIENTO

TIEMPO PARA EMPAPARNOS EN DESEOS DE DIOS

Tiempo también muy propicio para los objetivos de nuestra Escuela de Santidad.



Estos días canta la liturgia: "Cielos lloved vuestra justicia, ábrete tierra, haz germinar al Salvador...". Y también: "El Señor nos dará la lluvia y nuestra tierra dará su fruto..." (Sal 84)

Dios nos quiere empapar, penetrarnos de su amor, invadirnos, embriagar nuestra alma... como la lluvia empapa la tierra para que esponjada, vencida toda dureza, se ablande a su amor y dé los frutos que Él espera de nosotros, frutos que permanezcan, frutos de santidad... Su acción es benefactora para la tierra de mi corazón, de mi vida: la gracia sana, purifica, eleva mi naturaleza.

Cielos lloved... Sí, el cielo abierto derrocha amor, misericordia, gracia... una lluvia incesante y torrencial desde el Corazón de Dios.

Y es que nuestra fe no es solo informativa, sino también **performativa**. ¿Qué significa esto? Para los primeros cristianos, "el cristianismo no era solamente una «buena noticia», una comunicación de contenidos desconocidos hasta aquel momento. En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no es sólo «informativo», sino «performativo». Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una **comunicación que comporta hechos y cambia la vida**. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva" (Spe Salvi, 2).

Por tanto, una cosa es saber, por ejemplo, lo que es llover porque lo he aprendido en los libros, y otra empaparme cuando arrecia la lluvia y quedar totalmente calado. Y Dios quiere inundar mi vida. Sólo Él es capaz de colmar mi existencia. Sólo Él lo es todo para nosotros. "Mi Dios y todas mis cosas", decía san Francisco. Y el lema de San Ambrosio era: "¡Cristo es todo para mí!". Y rezaba así:

"Señor, sé indulgente conmigo, Tú que eres todo para mí: Si deseo curar mis heridas, eres médico. Si necesito alimentarme, eres comida. Si necesito ayuda, eres fuerza. Si me oprimen las culpas, eres perdón. Si temo la muerte, eres vida. Si deseo el cielo, eres camino. Si me invaden las tinieblas, eres luz. Este es el Dios que esperamos y que deseamos".

El Adviento en el plan divino es para que:

1. Busquemos a Dios
2. Experimentemos sus consuelos
3. Preparemos caminos para que venga a nosotros.



1. Para buscar a Dios

➤ Decía San Alberto Hurtado:

"La vida se nos ha dado para buscar a Dios, la muerte para encontrarlo y la eternidad para poseerlo"

➤ Y la Sagrada Escritura:

¹ «La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador» (GS 19,1).

² Dios «creó [...], de un solo principio, todo el linaje humano, para que habitase sobre toda la faz de la tierra y determinó con exactitud el tiempo y los límites del lugar donde habían de habitar, con el fin de que buscasen

"Así dice el Señor de los ejércitos: dentro de poco agitaré cielo y tierra, mares y continentes. Haré temblar a todas las naciones y se cumplirá el deseo de todos los pueblos" (Ageo 2, 6-7).

"El Señor que buscáis pronto vendrá a su templo, como el mensajero de la alianza al que adoráis. El vendrá... ¿Quién resistirá cuando Él llegue? ¿Quién quedará en pie cuando venga? Pues Él es el fuego purificador" (Mal 3,1-2)

➤ Leemos en el Catecismo de la Iglesia:

El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar. Esta es, como dice el concilio, la razón más alta de la dignidad humana ¹.

De múltiples maneras, en su historia, y hasta hoy, el hombre ha buscado a Dios por medio de sus creencias y religiones. Son formas de expresión tan universales que se puede llamar al hombre un ser religioso ².

Pero por desgracia, esta "unión íntima y vital con Dios" (GS 19,1) a la que estamos llamados puede ser olvidada, desconocida e incluso rechazada explícitamente por el hombre. Las causas pueden ser muy distintas (cf. GS 19-21) ³. Este es el drama: el hombre puede vivir apartado, lejos de Dios. Vivir de espaldas a Él y al margen de su ley... Vivir como desterrado y huérfano en este mundo.

Sin embargo, aunque el hombre puede rechazarle u olvidarle, Dios no cesa de llamarle, de buscarle, para que estemos con Él y seamos felices. Por eso dice el Salmo 105: "Alégrese el corazón de los que buscan a Dios".

Buscar a Dios, sin embargo, exige del hombre todo el esfuerzo de su inteligencia, la rectitud de su voluntad, "un corazón recto", y también el testimonio de otros que le enseñen a buscar a Dios.

«Tú eres grande, Señor, y muy digno de alabanza: grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene medida. Y el hombre, pequeña parte de tu creación, pretende alabarte, precisamente el hombre que, revestido de su condición mortal, lleva en sí el testimonio de su pecado y el testimonio de que tú resistes a los soberbios. A pesar de todo, el hombre, pequeña parte de tu creación, quiere alabarte. Tú mismo le incitas a ello, haciendo que encuentre sus delicias en tu alabanza, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti» (San Agustín, Confesiones 1).

➤ San Juan Pablo II dijo a los jóvenes en la JMJ 2000, en Roma:

¿Qué buscáis peregrinos? ¿Buscáis a Dios? Pues sabed que desde mucho antes os busca Él a vosotros

"Cuando buscáis la felicidad, en realidad, es a Jesús a quien buscáis; es Él quien os espera cuando no os satisface nada de lo que encontráis; es Él la belleza que tanto os atrae; es Él quien os provoca con esa sed de radicalidad que no os permite dejaros llevar del conformismo; es Él quien os empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es Él quien os lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar. Es Jesús el que suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande, la voluntad de seguir un ideal, el rechazo a dejaros atrapar por la mediocridad, la valentía de comprometeros con humildad y

a Dios, para ver si a tientas le buscaban y le hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en Él vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17, 26-28).

³ Por ejemplo, la rebelión contra el mal en el mundo, la ignorancia o la indiferencia religiosa, los afanes del mundo y de las riquezas (cf. Mt 13,22), el mal ejemplo de los creyentes, las corrientes del pensamiento hostiles a la religión, y finalmente esa actitud del hombre pecador que, por miedo, se oculta de Dios (cf. Gn 3,8-10) y huye ante su llamada (cf. Jon 1,3).

perseverancia para mejoraros a vosotros mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna” (S. Juan Pablo II. JMJ, 19.7.00).

En la oración del cristiano se produce este encuentro de dos deseos: “Si conocieras el don de Dios” (Jn 4, 10). La maravilla de la oración se revela precisamente allí, junto al pozo donde vamos a buscar nuestra agua: allí Cristo va al encuentro de todo ser humano, es el primero en buscarnos y el que nos pide de beber. Jesús tiene sed, su petición llega desde las profundidades de Dios que nos desea. La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él (San Agustín, *De diversis quaestionibus octoginta tribus* 64, 4)” (CIC 2560).

➤ Lo mismo **San Juan de la Cruz**, el místico enamorado:

Su obra destila un permanente anhelo divino, ansias del encuentro con el Amado. Algunas expresiones suyas:

“Si el alma busca a Dios, más le busca Dios a ella”.

Todo el Cántico espiritual es un deseo de Dios: *Adonde te escondiste Amado... No envíes ya más mensajeros, que no saben decirme lo que quiero... O bien: Acaba ya si quieres... rompe la tela de este dulce encuentro...*

2. Para experimentar sus consuelos

Los capítulos 40,1 – 48,22 de Isaías constituyen el llamado «Libro de la Consolación». Narran la vuelta de los israelitas desterrados de Babilonia. Es el «nuevo éxodo» del pueblo elegido después del de Egipto. Son oráculos divinos que llegan cuando han pasado ya varias décadas desde que ellos o sus padres fueron forzados a abandonar la ciudad santa. La espera de la liberación en esa situación de humillante sometimiento les resultaba ya demasiado larga, y no había señales de esperanza en el horizonte inmediato, aunque ellos pensaban que la culpa ya había sido expiada con creces. Por eso la noticia de la liberación inminente anunciada por los profetas les produce un inmenso consuelo.

Una voz anónima proclama solemnemente el consuelo de parte del Señor (vv. 1-5). La misma voz pide al profeta que también él grite y pregone la perenne vitalidad de la palabra de Dios y su mensaje de la salvación (vv. 6-11):

“Consolad, consolad a mi pueblo dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén y gritadle que ha concluido su lucha y su crimen está perdonado...” (Is 40, 1-2)

“¡Alegraos, hijas de Sión! Aclamad, hijas de Jerusalén: mirad al Rey que está llegando. Él es el verdadero Salvador y os hablará a los paganos de paz” (Zac 8,9-10).

“Pronto, muy pronto el Líbanos se convertirá en vergel, el vergel parecerá un bosque; aquel día oirán los sordos...; sin tinieblas ni oscuridades verán los ojos de los ciegos...” (Is 29, 17-18).

“Se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se destaparán. Saltará como un ciervo el cojo y la lengua del mudo cantará” (Is 35,5-6)

“Como un pastor apacentará su rebaño. Reunirá con sus manos a las ovejas, las llevará en su regazo y guiará amorosamente a las recién paridas” (Is 40,11).

Y también muestran los oráculos, con imágenes preciosas, la paz tan deseada que el Señor regalará en los tiempos mesiánicos:

“Habitará el lobo con el cordero, el leopardo se tumbará con el cabrito, el ternero y el león pacerán juntos: un muchacho será su pastor. La vaca pastará con el oso, sus crías se tumbarán juntas; el león, como el buey, comerá paja. El niño de pecho retoza junto al escondrijo de la serpiente, y el recién destetado extiende la mano hacia la madriguera del áspid” (Is 11, 6-7).

Estos oráculos de consuelo son figura y anticipo de la verdadera consolación, la que trae Cristo. «La verdadera consolación, alivio y liberación de los males humanos, es la Encarnación de nuestro Dios y Salvador» (Teodoreto de Ciro).

Los evangelios de estos días lo mostrarán: Jesús es el buen pastor que recoge y cura a la oveja perdida; es el médico compasivo que cura todas las enfermedades y dolencias de sus hijos; el maestro que muestra el camino de la verdad y de la salvación; el padre que alimenta a sus hijos con el pan del milagro y le prepara banquetes suculentos...

Nuestro mundo está especialmente necesitado de consuelo. El sufrimiento, los conflictos, los temores y las enfermedades físicas, mentales y morales están a la orden del día. Reacciones de desesperación, de auto reproche y auto destrucción, de odio a la vida y al hermano... son, por desgracia, demasiado frecuentes. Falta la esperanza. Ese deseo de paz universal, de armonía entre todos, de unidad en las familias y en los pueblos... es un anhelo íntimo y grande de todo corazón humano. Es la promesa de Jesús:

Hoy, este mensaje es especialmente deseable. Un clamor se eleva, cada vez más angustiado, pidiendo ayuda... “Que alguien me ayude...” escuché el otro día en un mensaje que me dejaron gritando y llorando, ¡Que alguien me ayude...! Al oírlo, pensé que era el grito de toda la humanidad enferma. Este mundo necesita un Salvador...

En Adviento, Dios envía a su Hijo para consolarnos. ¡Y necesitamos tanto el consuelo de Dios! Él nos trae el don de la consolación, pero también la misión de consolar a los demás. Para ello necesitamos un corazón abierto, el corazón de los pobres en el espíritu (cf. Mt 5,3), y no el corazón cerrado de los injustos. «La consolación es don y es servicio. Para ser consolado es necesario reconocer estar necesitado... Sólo así el Señor viene, nos consuela y nos da la misión de consolar a otros. Y no es fácil tener el corazón abierto para recibir el don y hacer el servicio, las dos alteridades que hacen posible la consolación» (Papa Francisco).

3. Para prepararle un camino

Si Dios viene a nosotros, y nosotros le deseamos porque tenemos profunda necesidad de Él, debemos preparar caminos para que venga, facilitar sendas de encuentro, acondicionar nuestra vida, nuestro corazón, para que llegemos a poseerle. Es lo justo.

Esta preparación es a la que nos exhortan los profetas del AT, y sobre todo Juan Bautista.

La voz que habla en nombre del Señor, en la primera parte del oráculo, infunde ánimos e invita al pueblo a emprender la marcha, avivando en ellos la esperanza. Y en una segunda parte la voz anónima pide al profeta que hable en nombre del Señor:



“Una voz grita en el desierto: preparad el camino al Señor, allanad en el desierto una calzada para nuestro Dios. Que los valles se alcen, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se allane. Entonces se revelará la gloria del Señor y todos los hombres la verán. Así ha hablado la boca del Señor: Sube a lo alto del monte,

mensajero de buenas nuevas para Sión; alza con fuerza la voz, tú que anuncias noticias alegres a Jerusalén. Alza la voz y no temas; anuncia a los ciudadanos de Judá: Aquí está su Dios. Aquí llega el Señor, lleno de poder, el que con su brazo lo domina todo. El premio de su victoria lo acompaña y sus trofeos lo anteceden. Como pastor apacentará su rebaño; llevará en sus brazos a los corderitos recién nacidos y atenderá solícito a sus madres” (Is 40, 3-5.9-11).

Pero es Juan Bautista, el precursor del Señor, el que con urgencia grita que preparemos los caminos a Dios. Su vida misma es un grito en el desierto. “¡Se ha cumplido el plazo! El esperado de las naciones ya está aquí, ¡convertíos!”.

«Aquella voz manda preparar un camino para la Palabra de Dios, y allanar sus obstáculos y asperezas, para que cuando venga nuestro Dios pueda caminar sin dificultad. Preparad un camino al Señor: se trata de la predicación evangélica y de la nueva consolación, con el deseo de que la salvación de Dios llegue a conocimiento de todos los hombres» (Eusebio de Cesarea).

Juan es la “voz” del Consolador que llega» (CIC. 719).

ESCUELA DE SANTIDAD (Práctica cristiana)

TEMA 9 (petición): Pedir a la Virgen la gracia de la intimidad con el Señor

1. Ejercicio de ORACIÓN para la semana

Inmaculada Madre de Dios: En la soledad de Nazaret, a solas con tu Tesoro... Adoras, amas, esperas... Él en tu sagrario virginal... Tus manos juntas en plegaria... Un ardor divino da a tus latidos ritmo para dos corazones... Flor de pureza, fragancia de lirio, amor intacto... Contigo estoy solo, y espero... Madre muda del Verbo que calla, enséñame a desahucarme amando.

Aurora que anuncia el día. Toda la tierra espera el Fruto Deseado... Pétalos de corola estremecida, tus entrañas virginales... Dios te salve, María... Intercede por la Iglesia... Salva al mundo... Compadécete de la juventud... Ruega por mí.

Engendras a UNO solo y te haces Madre de la multitud. Madre de la Unidad, intercede por nosotros.

Santa María del Adviento: Junto a Ti, en el Nazaret de la vida oculta... Estudio, oración, entrega, trabajo, olvido... Granos de incienso, silencio amoroso... A todo lo que Él quiera, responderé cantando como Tú: HAGASE...

Música callada, soledad sonora... Divino silencio, prelude de eterna armonía... Escucharé la Voz que clama en el desierto... Me anonadé tomando forma de siervo... He venido, Padre, a hacer Tu Voluntad... Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Único... Y el Verbo se hizo carne...

En la oración, busca siempre la intimidad con Jesús metiéndote en el Corazón de la Virgen. El Adviento te invita mucho a ello. La Madre Teresa lo sabía muy bien:

"Me preocupa –escribía a las hermanas- el pensamiento de que alguna de vosotras aún no haya encontrado a Jesús individualmente, tú y Jesús solos. Podemos pasar mucho tiempo en la capilla, ¿pero has visto con los ojos del alma el amor con que Él te mira? ¿Conocéis verdaderamente a Jesús vivo: no de los libros, sino de estar con Él en vuestro corazón? ¿Habéis oído las palabras de amor que Él os dirige?... Nunca abandonéis este íntimo contacto diario con Jesús como una persona viva y verdadera, no como una idea» (M. Teresa de Calcuta)

A esta intimidad con Él te ayudará mucho estar siempre con la Virgen. Recita la oración del recuadro. Y también con tus propias palabras:

"Santa María del Adviento, Reina y Madre mía; prepara en mi corazón los caminos del Señor, endereza los senderos, allana los montes de mi soberbia, colma y llena los valles de mis desalientos, endereza mis caminos torcidos e iguala los escabrosos... Santa María del Adviento, Reina y Madre mía, quiero sobre todo, el amor con que Tú, con Dios en tu seno, te preparabas para su nacimiento. Sí, Madre, quiero que seas tú mi estrella, la que me conduzca a Jesús, que va a nacer. Quiero muchas veces repetir saboreando y saborear repitiendo: «Dios te salve, María... Llena de gracia... el ángel del Señor anunció... y concibió por obra... he aquí la esclava... hágase... y el Verbo se hizo carne... y habitó... Quiero hablar contigo en la oración, amándole a Él con el mismo fuego que de una manera indecible abrasa tu corazón. Acreecencia en mí el amor por todos los hombres, para que todos se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad"

TEXTOS COMPLEMENTARIOS para la semana:

Texto 1: Razones de mi esperanza. Benedicto XVI

La búsqueda de Dios está profundamente grabada en cada alma humana y no puede desaparecer. Ciertamente, durante algún tiempo, Dios puede olvidarse o dejarse de lado, se pueden hacer otras cosas, pero Dios nunca desaparece. Simplemente, es cierto, como dice San Agustín, que nosotros, los hombres, estamos inquietos hasta que encontramos a Dios. Esta preocupación también existe en la actualidad. Es la esperanza de que el hombre, siempre de nuevo, también hoy, se encamine hacia este Dios.

La segunda razón de mi esperanza consiste en el hecho de que el Evangelio de Jesucristo, la fe en Cristo, es simplemente verdad. Y la verdad no envejece. También se puede olvidar durante algún tiempo, es posible encontrar otras cosas, se puede dejar de lado; pero la verdad como tal no desaparece. Las ideologías tienen un tiempo determinado. Parecen fuertes, irresistibles, pero después de un determinado período se consumen; pierden su fuerza porque carecen de una verdad profunda. Son partículas de verdad, pero al final se consumen. En cambio, el evangelio es verdadero, y por lo tanto nunca se consume.

En todos los períodos de la historia aparecen sus nuevas dimensiones, aparece en toda su novedad, para responder a las necesidades del corazón y de la razón humana que puede caminar en esta verdad y encontrarse en ella. Y así, por esta razón, estoy convencido de que también hay una nueva primavera del cristianismo.

Un tercer motivo empírico lo vemos en que esta inquietud se manifiesta en la juventud de hoy. Los jóvenes han visto tantas cosas – las ofertas de las ideologías y del consumismo – pero perciben el vacío de todo esto, su insuficiencia. El hombre ha sido creado para el infinito. Todo lo finito es demasiado poco. Y por eso vemos cómo, en las generaciones más jóvenes, esta inquietud se despierta de nuevo y cómo se ponen en camino; así hay nuevos descubrimientos de la belleza del cristianismo; un cristianismo que no es barato, ni reducido, sino radical y profundo. Por lo tanto, me parece que la antropología, como tal, nos indica que siempre habrá nuevos despertares del cristianismo y los hechos lo confirman con una palabra: cimiento profundo. Es el cristianismo. Es verdadero, y la verdad siempre tiene un futuro.

Texto 2: Deseos locos de Dios. Santa Teresa del Niño Jesús

Ser tu esposa, Jesús, ser carmelita, ser por mi unión contigo madre de almas, debería bastarme... Pero no es así... Ciertamente, estos tres privilegios son la esencia de mi vocación: carmelita, esposa y madre.

Sin embargo, siento en mi interior otras vocaciones: siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir. En una palabra, siento la necesidad, el deseo de realizar por ti, Jesús, las más heroicas hazañas... Siento en mi alma el valor de un cruzado, de un zuavo pontificio. Quisiera morir por la defensa de la Iglesia en un campo de batalla...

Siento en mí la vocación de sacerdote. ¡Con qué amor, Jesús, te llevaría en mis manos cuando, al conjuro de mi voz, bajaras del cielo...! ¡Con qué amor te entregaría a las

almas...! Pero ¡ay!, aun deseando ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de san Francisco de Asís y siento en mí la vocación de imitarle renunciando a la sublime dignidad del sacerdocio.

¡Oh, Jesús, amor mío, mi vida...!, ¿cómo hermanar estos contrastes? ¿Cómo convertir en realidad los deseos de mi pobrecita alma? Sí, a pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas como los profetas y como los doctores.

Tengo vocación de apóstol... Quisiera recorrer la tierra, predicar tu nombre y plantar tu cruz gloriosa en suelo infiel. Pero, Amado mío, una sola misión no sería suficiente para mí. Quisiera anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más remotas... Quisiera ser misionero no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguirlo siendo hasta la consumación de los siglos...

Pero, sobre todo y por encima de todo, amado Salvador mío, quisiera derramar por ti hasta la última gota de mi sangre... ¡El martirio! ¡El sueño de mi juventud! Un sueño que ha ido creciendo conmigo en los claustros del Carmelo... Pero siento que también este sueño mío es una



locura, pues no puedo limitarme a desear una sola clase de martirio... Para quedar satisfecha, tendría que sufrirlos todos...

Como tú, adorado Esposo mío, quisiera ser flagelada y crucificada... Quisiera morir desollada, como san Bartolomé... Quisiera ser sumergida, como san Juan, en aceite hirviendo... Quisiera sufrir todos los suplicios infligidos a los mártires... Con santa Inés y santa Cecilia, quisiera presentar mi cuello a la espada, y como Juana de Arco, mi hermana querida, quisiera susurrar tu nombre en la hoguera, Jesús...

Texto 3: Obligado a ir a lo esencial. Cardenal Van Thuan

El 15 de agosto de 1975, fiesta de la Asunción, fui invitado a ir al palacio de la Presidencia, el "Palacio de la Independencia". Allí me detuvieron. Eran las dos de la tarde. En ese momento, todos los sacerdotes, religiosos y religiosas habían sido convocados al teatro de la ópera con el fin de evitar cualquier reacción por parte del pueblo. Comienza así para mí una nueva y especialísima etapa de mi larga aventura.

Salí de casa vestido con la sotana y llevaba un rosario en el bolsillo. Durante el viaje hacia la prisión me doy cuenta de que lo estoy perdiendo todo. Sólo me queda confiarme a la Providencia de Dios. Aún en medio de tanta ansiedad, siento una gran alegría: "Hoy es la fiesta de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María al cielo".

Desde aquel momento está prohibido llamarme "obispo, padre..." Soy el Señor Van Thuan. No puedo llevar ningún signo de mi dignidad. Sin previo aviso, también Dios me pide que vuelva a lo esencial.

En el shock de esta nueva situación, cara a cara con Dios, sí me dirige la pregunta: "Simón, ¿quién dices que soy yo?" (cf Mt 16, 15)

En la prisión mis compañeros que no son católicos, quieren comprender «las razones de mi esperanza». Me preguntan amistosamente y con buena intención: «¿Por qué lo ha abandonado usted todo: familia, poder, riquezas, para seguir a Jesús? ¿Debe de haber un motivo muy especial!». Por su parte, mis carceleros me preguntan: «¿Existe Dios verdaderamente? ¿Jesús? ¿Es una superstición? ¿Es una invención de la clase opresora?».

Así pues, hay que dar explicaciones de manera comprensible, no con la terminología escolástica, sino con las palabras sencillas del Evangelio.

Texto 4: "Yo tenía la puerta abierta". Narciso Yepes. J. M^a. Alimbau

Narciso Yepes ha pasado a la historia de la música como compositor y virtuoso de la guitarra de diez cuerdas. Hombre de fe católica, se le definió como «un hombre sabio, un gran músico, un hombre bueno, un hombre espiritual, un hombre creyente».

Yepes decía: «Yo fui bautizado. Durante los primeros 25 años no practiqué. No me preocupaba lo más mínimo que hubiese una vida espiritual, un más allá... Dios no contaba para nada en mi vida. Mi conversión fue brusca, inesperada. Todo cambió para mejor un día en el que me encontraba en París. Estaba apoyado sobre un puente del Sena, mirando cómo corría el agua. De pronto, escuché la voz de Dios en mi interior y Él entró para siempre. Yo tenía "la puerta abierta"...». «Siempre he sabido que soy un ser limitado; que puedo enfermar; que mi cuerpo morirá... pero me siento un hijo de Dios... Desde entonces cuento con Él, tanto en las cosas alegres como en las más dolorosas; en el trabajo, en la vida familiar, en una pena muy honda... como aquella ocasión en que me llamó la Guardia Civil, a media noche, para decirme que "su hijo... ha muerto"». «Experimento en mi interior una cita de eternidad que voy tejiendo en la compañía amorosa y providente de Dios: el tapiz de mi existencia, confeccionado con hilos de todos los colores, sin ver nada, pero que al final de la vida, al dar la vuelta al tapiz, contemplaremos la gran obra de arte que habremos realizado Dios y yo...». «Cuando uno vive con fe... entiende mejor el misterio del dolor humano. El dolor acerca a la intimidad de Dios».

Texto 5: Canciones entre el alma y el Esposo. S Juan de la Cruz

¿Adónde te escondiste, / amado, y me dejaste con gemido? / Como el ciervo huiste, / habiéndome herido; / salí tras ti, clamando, y eras ido.

Pastores, los que fuerdes / allá, por las majadas, al otero, / si por ventura vierdes / aquél que yo más quiero, / decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores, / iré por esos montes y riberas; / ni cogeré las flores, / ni temeré las fieras, / y pasaré los fuertes y fronteras.

¡Oh bosques y espesuras, / plantadas por la mano del amado! / ¡Oh prado de verduras, / de flores esmaltado, / decid si por vosotros ha pasado!

Mil gracias derramando, / pasó por estos sotos con presura, / y yéndolos mirando, / con sola su figura / vestidos los dejó de hermosura.

¡Ay, quién podrá sanarme! / Acaba de entregarte ya de vero; / no quieras enviarme / de hoy más ya mensajero, / que no saben decirme lo que quiero.

¿Por qué, pues has llagado / a queste corazón, no le sanaste? / Y pues me le has robado, / ¿por qué así le dejaste, / y no tomas el robo que robaste?

Apaga mis enojos, / pues que ninguno basta a deshacellos, / y véante mis ojos, / pues eres lumbre dellos, / y sólo para ti quiero tenellos.

¡Oh cristalina fuente, / si en esos tus semblantes plateados, / formases de repente / los ojos deseados, / que tengo en mis entrañas dibujados!

Mi amado, las montañas, / los valles solitarios nemorosos, / las ínsulas extrañas, / los ríos sonoros, / el silbo de los aires amorosos;

la noche sosegada, / en par de los levantes de la aurora, / la música callada, / la soledad sonora, / la cena que recrea y enamora;

En la interior bodega / de mi amado bebí, y cuando salía, / por toda aquesta vega, / ya cosa no sabía / y el ganado perdí que antes seguía.

Allí me dio su pecho, / allí me enseñó ciencia muy sabrosa, / y yo le di de hecho / a mí, sin dejar cosa; / allí le prometí de ser su esposa.

Mi alma se ha empleado, / y todo mi caudal, en su servicio; / ya no guardo ganado, / ni ya tengo otro oficio, / que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Gocémonos, amado, / y vámonos a ver en tu hermosura / al monte o al collado / do mana el agua pura; / entremos más adentro en la espesura.

2. Ejercicio de CARIDAD para esta semana

"Quiero ser Santo y amar con Amor de Dios... sin filtros. Y hacer todo lo que haga falta para alcanzarlo. Cueste lo que cueste". Este mensaje me enviaba un joven la semana pasada. Me escribía su propósito, su deseo más profundo. Deseos de santidad en el alma, de amor puro.

Que el amor de Jesús y no el amor propio sea nuestra raíz y nuestro cimiento: La mayoría de los árboles de elevado tronco tiene una raíz madre que desciende perpendicularmente en el terreno y es como la continuación, bajo tierra, del tronco. Se llama «raíz vertical». Es ésta la que da a ciertos árboles, como la encina, la inamovilidad por la cual ni siquiera los vientos más impetuosos consiguen arrancarlos. También el hombre tiene esta raíz vertical. En el hombre que vive según la carne es precisamente el propio «yo», el amor desordenado de sí mismo, el egoísmo; en el hombre espiritual es Cristo. Todo el camino hacia la santidad consiste en cambiar nombre y naturaleza a esta raíz hasta poder decir con el Apóstol: «No soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20).

3. Ejercicio de ABNEGACIÓN para esta semana

Nos proponemos seguir matando esa gruesa raíz del amor propio. Así preparamos el camino al Señor para que venga a nuestras vidas y entre en mi corazón.

Para ellos domar las "fieras" que tenemos dentro, que son como diosillos despóticos: el dios "cuerpo" (burro terco), el dios "cabeza" (león con la testa bien levantada), y el dios corazón o dios sentimentalista ("pantera" de la sensualidad).

En Adviento, en concreto, procura no hablar nunca de ti, siempre bien de los demás, no te quejes y ayuna de noticias y también los viernes de comida.

Y haz el pacto de Francisco de Sales: "He hecho un pacto con mi lengua: debe permanecer callada siempre que mi corazón esté alterado" (San Francisco de Sales)